

en el sentido más tradicional del término, sino unas reflexiones filosóficas, de acción introspectiva, que nos transmiten la soledad, la angustia, el desespero y el miedo de nuestro tiempo. Estos grandes temas de la autora son puntillados de trazos irónicos, de humor, en un proceso de alejamiento crítico, especie de ir y venir que deshace y rehace el propio texto que se interroga sobre el misterio de la creación. El instante que pasa es captado tenso y densamente («é no vazio que se passa o tempo» [pág. 36]), por un alma angustiada y trágica, descendiente de los profetas bíblicos. En su discurso, síntesis poderosas y, al mismo tiempo, barrocas, en una prosa reiterativa que se empapa de palabras y ansias, dejándose conducir por el subconsciente que domina la narrativa y la impregna de subjetivismo. Pero es un subjetivismo especial, el de la búsqueda del *yo* y de su profunda intimidad.

Como en sus demás obras, sin embargo de que cada una añade aspectos renovados, también en ésta hay un compromiso con el hombre y su realidad. Pero no se trata de una realidad externa: Clarice interroga el interior de los seres, dentro de una línea intimista que revolucionó el decir de la literatura brasileña, abriéndole nuevos caminos. Son indagaciones acerca del ser y la existencia, en que palabras y cosas pierden su contorno material, palpable y alcanzan una dimensión incorpórea: «A antiliteratura da coisa» (pág. 75) en que «ser já era um fazer» (pág. 31), que les quita la superficialidad y las vuelve esenciales. Es precisamente esa busca de esencialidad que marca *Onde estivestes de noite*, ese deseo de encontrar palabras que expresen pensamientos más hondos, con la lucidez de la incoherencia y el saber seguro de quien desea ver para afuera, como Angela (pág. 28), que reaparece en otras obras. Los personajes son sorprendidos en el instante de insatisfacción, de la *náusea* engendradora de la crisis, perdidos en el laberinto de su «*vía crucis*», envejecidos e inermes, atrapados por la trampa de la muerte (¿o de la vida?) en el cuerpo y en el alma, a través de los episodios que conforman una existencia.

Se preocupa con el ser humano y sus dudas, sin crear prototipos, con la inevitable ambigüedad de un eterno presente, de acción interiorizada y un enredo mínimo. Un conflicto se instala en la temática de la existencia, donde resurgen recuerdos, percepciones huidizas que se funden con inquietudes metafísicas. Esa recuperación del sentido de un mundo, sin excluir al hombre, presenta todo el encanto de una prosa que se entrega resistiendo, deseosa de contemplar la cara sin arrugas de la eternidad.

BELLA JOZEF

*Universidade Federal de Rio de Janeiro.*

HILDA HILST: *Da morte. Odes mínimas*. São Paulo: Massao Ohno/Roswitha Kempf Editores, 1981.

En treinta años de poesía, Hilda Hilst ha ido depurando su técnica a cada volumen, en el intento de decir lo indecible. Estas *Odes mínimas* tienen como *leit-motiv* la muerte, con meditaciones ya presentes en obras anteriores. En el último encuentro del poeta, el encuentro ansiado, definitivo, enfrenta la muerte cara a cara, con serenidad. Pues la muerte habita al ser. El ser del hombre *es* en la muerte, la única ocasión en que manifiesta su individualidad. La muerte es el salto para la libertad y la trascendencia. Según Camus, el orden del mundo es reglado por la muerte. Paradoja de la muerte: no contesta a nuestra interrogación y llena de espanto nuestro discurso. Toma el valor de metáfora de la vida. Mirando hacia las

cosas, alcanza su esencia oculta. «La muerte, según Paz, es un espejo que refleja las vanas gesticulaciones de la vida.»

La unidad vida/muerte es esencia inmutable dentro del pasaje instantáneo del ser en el mundo. El poeta sueña la Nada y habita en la eternidad. Y la Nada es el nombre de la muerte, la privación del lenguaje. El sueño, capacidad de inventar, se recrea en la soledad. La muerte, escribe Yankélevitch, «juega a escondite con la conciencia: donde estoy, no está, y cuando está, no estoy yo». Pero el poeta desafía el tiempo: él caminó «la llama de los caminos» y «atravesó el sol». La luz es fenómeno del espíritu, claridad del alma y para alcanzarla no se puede poseer la materia. Vida y arte son portadoras de la luminosidad y la muerte es luz de la luz que no vemos.

El cuerpo (espacio del deseo) y el instante (vivacidad de los sentidos) delante del tiempo impiden la libre expansión de la vida. El mundo lo penetra: palabras vivas, fuego, fuente. En un proceso de contigüidad, las cosas se enfrentan, con plena presencia, se contaminan, formando nuevo orden. Al privilegiar el instante, privilegia al hombre concreto y el tiempo fluye. La vida es cambio continuo. La poesía pasa a origen y fin, despojamiento del yo para poseerlo más hondamente, rescatando la esencia humana. En el universo creado por el poeta, hay un intento de eternización, de captar en imágenes la eternidad del instante, una conciencia que se busca. Consciente de su situación en el mundo, como ser temporal, incorpora la realidad y eternidad del instante. La muerte «borbulha na água fria» indica la entrada en el mundo elemental. Integra en un sentido más amplio el principio vital de la existencia superior. Y el poeta desafía, también, el lenguaje: su actividad de busca se cumple en el acto de la escritura: el poeta es un universo verbal, con que envuelve al lector y la literatura es palabra. A través de la palabra y del decir, salva la distancia que separa al poeta de la realidad exterior. La palabra es, para él, fuente de liberación. Por eso emprende el camino de la reconciliación con la realidad, convirtiendo el mundo en palabras, en el acto de la creación poética, puente que une poeta y mundo. Va del no-ser al ser. La presencia continua de la muerte lo separa del mundo, lo vuelve solitario. El alma llama hacia el silencio y la soledad mientras los sentidos sostienen al ser. El poeta tiene de transmutarse en mil formas. En su yo y su doble, hombre y poeta. Combate la muerte, pero la acepta, «amada». Alcanza el punto en que «la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incommunicable dejan de ser percibidos contradictoriamente» (Breton). Permanece apenas la incógnita: ¿cómo vendrá? Sabe de su incapacidad de un saber absoluto. Así, en las *Odes mínimas* no hay definiciones, apenas transmutaciones: «Te llamo poesía», «te hice reina», «te recreó tierra / sobre mi Idea». Vida y muerte, intento de transformar el juego dicotómico en auténtica síntesis, impulso unificador del ser. La muerte quiere mirar la vida y el poeta está allí con su canción: «Un poeta y su muerte. / Están vivos y unidos. / En el mundo de los hombres.»

A la manera de Quevedo o Heidegger, Hilda Hilst sabe que el hombre nació para la muerte. Sobre su inquirición abisal, sostiene el misterio del hombre en el universo y su desamparo cósmico.

BELLA JOZEF

*Universidade Federal de Rio de Janeiro.*